

RESEÑA

Friedrich KATZ: *Pancho Villa*. México: Era, 1998, 2 vols., 1058 pp. ISBN 968-411-438-9 (t. 1), ISBN 968-411-439-7 (t. 2).

Tanto la figura de Villa como el tema de la revolución en Chihuahua han generado gran polémica en la historiografía de la revolución mexicana. En esta obra Katz se enfrenta a ambas cuestiones avanzando cautelosamente: recupera las diferentes versiones existentes —que van desde las leyendas hasta las tesis académicas— no para luego poner la suya, sino para sopesar cada uno de sus argumentos y extraer su grado de verdad a la luz de la gran masa documental que tiene disponible —que proviene de más de 60 archivos públicos y privados, nacionales y extranjeros—, dilucidar en dónde están los aciertos y errores de una y otra, así como las nuevas o viejas preguntas que deben permanecer abiertas en espera de nuevas investigaciones.

La obra se apoya en un doble enfoque: por un lado, explora las transformaciones de la estructura social chihuahuense y de los sistemas de interacción entre los principales actores locales (ex colonos militares, proletariado rural, clases medias y hacendados), desde el siglo xix hasta la década de 1920, lo que permite situar el origen y el desarrollo del villismo; por otro, compara la revolución chihuahuense y la figura de Villa con los modelos tanto de revolución local y formas de liderazgo que se suscitaron entre 1910-1920 en el país, como con los de las grandes revoluciones sociales desde el siglo xviii (Francia, Rusia y China) y otras experiencias políticas latinoamericanas (caudillismo, revoluciones cubana y boliviana).

Katz argumenta que mientras dirigentes revolucionarios como Lenin, Mao Tse-tung, Ho Chi-minh o Fidel Castro, eran intelectuales que estuvieron a la cabeza de movimientos políticos bien organizados, Villa y Zapata tenían escasa educación y no organizaron partidos políticos. Por eso, agrega el autor, su obra se centra en el análisis de las características del movimiento villista, así como en la personalidad de su dirigente. El principal obstáculo que enfrentó en esa doble tarea fue la de “extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de la leyenda y del mito” que rodean tanto a Villa como al villismo.

La obra se inicia explorando, en la larga duración, aquellos procesos sociales que conformaron la sociedad chihuahuense desde la colonia hasta el porfiriato. Se trata de una sociedad asentada sobre un estado caracterizado principalmente, por desiertos y grandes cadenas montañosas que sólo empezó a poblarse a medida que se iban descubriendo grandes minas de plata, a fines del siglo xvi y principios del xvii, a cuyo alrededor surgían haciendas proveedoras de alimentos. Pero tal empresa enfrentó grandes obstáculos: escasez de mano de obra y la defensa contra las incursiones armadas de apaches, las cuales se hicieron tan numerosas, a mediados del siglo xviii, que detuvieron la gradual expansión de la población que se venía registrando. Dado que los soldados que España había estacionado en la frontera norte eran insuficientes para defender a los colonos, los hacendados y dueños de las minas huyeron hacia las ciudades del sur. La corona decidió, entonces, crear asentamientos fortificados, habitados por rancheros armados. A quienes estaban dispuestos a establecerse en las colonias militares —inmigrantes procedentes de España, del centro de México o indígenas nativos— la corona les concedía privilegios extraordinarios: se les otorgaban grandes extensiones de tierra y estaban exentos del pago de impuestos por diez años. Aunque estas concesiones gradualmente provocaron mayor asentamiento de los indígenas, la región nunca estuvo plenamente pacificada. No obstante, esas políticas funcionaron a tal grado que por primera vez los rancheros de las colonias —que siempre se consideraron como baluarte de la civilización ante un medio hostil— conocieron un periodo de prosperidad, de tal suerte que cuando estalló la guerra de independencia en 1810, no sólo no se unieron a ella, sino que muchos decidieron defender a España. Pero un siglo después, en 1910, los descendientes de estos colonos adoptaron una actitud muy diferente, se convirtieron en baluarte del villismo. La razón, aduce Katz, se ha-

liaba en el desarrollo de Chihuahua durante el siglo XIX: mayor comercialización de la agricultura, penetración de la inversión extranjera, especialmente de la estadounidense, y mayor centralización de la autoridad política.

A diferencia de otros estados lo que suscitaba la Revolución en esa entidad fueron los siguientes factores: el gran poder acumulado por la oligarquía local —excepcional incluso para los estándares de la época— unificó a los sectores heterogéneos de la entidad que se oponían a ella; la crisis económica de 1906-1907 golpeó más a Chihuahua que a cualquier otra entidad —debido a que la mayor parte de las empresas extranjeras eran más sensibles a las fluctuaciones económicas internacionales que las de otras regiones del país—; el regreso de miles de trabajadores migratorios que habían perdido su empleo en Estados Unidos; facilidad para adquirir armas al norte de una frontera poco vigilada; pero el elemento más distintivo de la revolución en Chihuahua sería la capacidad guerrera y la confianza en sí mismos que tenían sus habitantes; además, entre los colonos militares y las clases medias urbanas y rurales, había mucha proximidad étnica (la mayoría eran mestizos o blancos) y económica (antes de ser despojados de sus tierras muchos colonos habían sido rancheros de clase media y tenían muy buena imagen en toda la entidad, gracias a sus hazañas militares).

Katz aduce que las motivaciones de Villa para entrar en la revolución de 1910 son de diverso tipo: en parte, pueden verse como un paso natural de la tradición duranguense del bandido social a la política —Heraclio Bernal, el más famoso bandido de Durango del siglo XIX, así lo había hecho—, pero también veía en la revolución una oportunidad tanto de venganza contra los hacendados, como para lavar su pasado negro (deserción del ejército federal y bandidaje); además, aunque nunca había sido dirigente campesino —como Zapata—, ni había abrigado ambiciones políticas —como Pascual Orozco—, el pueblo no le era indiferente, prueba de ello eran las buenas relaciones que cultivó con la colonia militar de San Andrés —en el curso de la Revolución se casaría con una mujer de esa población, Luz Corral—, lo que le permitió reclutar a sus primeros seguidores.

Villa no era miembro orgánico de ningún actor social —colonia, pueblo o partido—, sino una figura que moviéndose en las fronteras de la legalidad, contó a la vez, con la capacidad suficiente para tejer relaciones con la sociedad chihuahuense. Pero antes de seguir avanzando con la personalidad y transfi-

guraciones de Villa, Katz explora la dinámica de la revolución en Chihuahua.

Los logros militares de Villa no fueron muy significativos en la revolución maderista, pues en ese aspecto fue superado por Pascual Orozco; empero sí tuvo un destacado papel político: fue el único de los revolucionarios que obedeció ciegamente a Madero para desarmar y someter al ejército magonista, permitiéndose así que la autoridad de éste se fortaleciera en un momento en que parecía tambalearse. Además, Villa, más que Orozco, fue quien presionó para evitar los primeros intentos de reconciliación con el gobierno federal y para la toma de Ciudad Juárez. La conducta de Villa durante ese periodo no reflejaba ni la conciencia ni el pasado de un bandido, sino la de un revolucionario radical que exigía que se pusiera fin a la estructura de poder existente, mantenía una estricta disciplina entre su tropa, y posiblemente, expresaba más que cualquier otro jefe norteño el sentir de las demandas de sus soldados.

Durante el gobierno maderista, Villa había seguido acumulando experiencias, esta vez desde la cárcel —a donde ingresó gracias a las intrigas de Victoriano Huerta. Ahí pudo relacionarse con personajes tan disímiles como Bernardo Reyes y Gildardo Magaña. Este último le ayudó a instruirse en temas ideológicos, literarios, políticos y de historia de México. Sólo una semana antes de que Madero fuera asesinado, Villa logró escapar de la cárcel y se refugió en El Paso, Texas, gracias a la ayuda de sectores conservadores que lo querían utilizar contra Madero. No obstante, siguió siendo fiel al gobernador de Chihuahua, Abraham González —quien lo había reclutado para la causa maderista—, y a Madero. De ese modo, en marzo de 1913, con la ayuda económica de José María Maytorena —ex gobernador maderista de Sonora— logró cruzar la frontera, al frente de ocho hombres, pero en junio de ese año ya había logrado formar un ejército de 1 200 soldados. ¿Cómo pudo hacer eso? Las razones son variadas: Villa emprendió una serie de acciones de justicia social tipo Robin Hood (distribución de alimentos y ejecuciones de administradores de haciendas que se habían ganado el odio de la población rural); persiguió a las diferentes gavillas de bandidos que asolaban los pueblos, aprovechándose del debilitamiento de la autoridad política; a sus tropas les impuso una fuerte disciplina, impidiéndoles robos y saqueos de las regiones controladas, deshaciéndose así de su imagen de bandido; la cercanía con la frontera de Estados Unidos le facilitó la compra de armas, y para evitarse la ene-

mistad del gobierno de ese país brindó protección a las empresas estadounidenses.

Katz demuestra el modo en que a medida que las tropas villistas controlaban el estado de Chihuahua se reforzaba la imagen de Villa ante las poblaciones rural y urbana como la de un tradicional macho mexicano, vengador de los pobres, gran guerrero —cuyo prestigio se remontaba a la de los ex colonos militares— y la del buen caudillo decimonónico.

Los poderes político y militar que acumuló entre 1913-1915, los utilizó en forma prebendaria y clientelística. En los pocos meses en que fungió como gobernador de Chihuahua aprovechó su gestión para fortalecer a su ejército, la División del Norte, y empleó los fondos que controlaba para hacer regalos a sus amigos, soldados y a los pobres en general. No obstante, a diferencia de otros caudillos latinoamericanos no amasó grandes fortunas personales.

De hecho, el ejército villista, a pesar de su gradual profesionalización, tenía la apariencia de una gran pirámide de lealtades clientelares: por un lado, si bien los diversos generales villistas aceptaban la autoridad de su líder en asuntos militares, particularmente en el campo de batalla, por otro, conservaban una gran autonomía en todo lo demás. Procuraban inculcar en sus tropas la idea de que si Villa era el comandante en jefe, “su primera lealtad debía ser para ellos”. Así, aunque abastecía de armas y municiones a sus generales y soldados, aquéllos intentaban conservar cierto grado de independencia económica. Defendían su derecho a administrar ciertas haciendas y a conservar el poder político sobre sus regiones de origen.

No obstante lo anterior, no impediría la creciente profesionalización de la División del Norte. Para eso Villa aplicó las siguientes medidas: aumentó el número de hombres bajo su mando directo y transformó a algunos de ellos en una unidad de élite, la de los Dorados; aunque hizo concesiones a sus generales, permitiendo que administraran parte de las haciendas confiscadas, estaban obligados a alimentar, vestir y pertrechar a cierto número de hombres; si no intentó saltarse la autoridad de sus generales, sí procuró mantener relaciones personales con sus soldados, con lo que reforzaba su carisma (los soldados iban a las batallas gritando el nombre de Villa, no el de sus respectivos jefes); para hacer depender de él a sus generales, procuró conservar el control total de la adquisición de armas, municiones y uniformes, y les restringió el acceso al mercado estadounidense; además, tenía el man-

do directo sobre las ramas técnicas de su ejército, como la artillería, para las que la mayoría de sus comandantes y soldados carecía de conocimientos, y cuyo manejo confió a hombres que no tuvieran bases políticas propias: miembros que provenían del ejército federal, como el general Felipe Ángeles, y mercenarios extranjeros.

En un sentido que recuerda la dicotomización de los actores sociales de François-Xavier Guerra, entre sociabilidades modernas y tradicionales, el ejército villista era una mezcla de lealtades comunitarias e individuales. Si bien, en la División del Norte había hombres que venían de comunidades a las que se les había despojado de sus tierras, también militaban en ella vaqueros, mineros y personas sin ocupación fija. Y muchos campesinos que procedían de otros estados se incorporaban como individuos y no como comunidades, algunas veces por conciencia revolucionaria o simplemente para sobrevivir, y para quienes el ejército se convertía en modo de vida. Así fue como la División del Norte llegó a ser el ejército revolucionario más numeroso, popular y disciplinado hasta 1914 y el que más contribuiría en la derrota del antiguo ejército federal.

Katz refuta la apreciación de Alan Knight del villismo como el de un "bandolerismo social institucionalizado", pues el gobierno villista en Chihuahua se caracterizó por ser una administración estatal efectiva y por promover la más amplia política de bienestar social en comparación con cualquier otro gobierno estatal de la época (subsidios y mantenimiento de precios bajos, construcción de escuelas y hospitales).

De este modo, la tesis central de Katz es que la revolución en Chihuahua, bajo Villa en 1914-1915, se puede caracterizar como una sociedad en armas, cuyos soldados decidieron marchar sobre la ciudad de México para asegurar las reformas que ya se habían emprendido (expropiación de tierras a la oligarquía local, reparto de alimentos y otros productos, a las clases bajas), y que posponían la realización de otros cambios políticos (elecciones municipales y gubernamentales) y sociales (como la reforma agraria) para su regreso. Katz cree que los villistas aceptaban esto último porque la revolución en Chihuahua era vivida no tanto como una guerra civil interna, sino como una guerra contra un enemigo externo con el apoyo de la mayoría de la población (aspecto en lo que, en mi opinión, la revolución chihuahuense se asemeja a movimientos soberanistas como los de Oaxaca y Chiapas). Este consenso existió en la lucha contra Huerta y en los primeros meses del enfrentamiento con Venustiano Carranza, y

permitió que Villa gobernara Chihuahua con un mínimo de violencia.

Por otra parte, la victoria del carrancismo sobre el villismo obedeció no sólo a las estrategias militares más modernas de Álvaro Obregón sobre las de Villa —quien repetidas veces se negó a escuchar los consejos del dirigente militar más importante entre sus filas, Felipe Ángeles—, sino también una serie de ventajas de la coalición carrancista sobre la villista: menos sectores campesinos entre sus filas, ejército más profesionalizado y dependiente de una creciente centralización, mayores recursos —dado que los territorios controlados por Carranza eran más ricos, duplicando en potencial a los de Villa—, y mayor solidez y coherencia ideológica. Además, los carrancistas no sólo fueron superiores al villismo en la estrategia militar, sino también en las batallas de propaganda interna y diplomacia externa.

Katz argumenta que, como observó un destacado villista, Federico González Garza, la mayor debilidad y error del villismo fue no haber realizado la reforma agraria en los territorios que controlaba, particularmente en Chihuahua, medida que le hubiera permitido recuperarse de las derrotas de 1915. Y aquí el autor encuentra una gran diferencia con la revolución francesa, que desde su fase inicial desposeyó de sus tierras a la nobleza y las repartió en seguida, de tal suerte que ninguna de las facciones y gobiernos que se sucedieron en el poder se atrevieron a deshacer lo ya instituido, y eso les permitió tener el respaldo del campesinado. Las derrotas no pueden evaluarse sólo en función de los factores militares. En el siglo pasado los conservadores tenían a los mejores generales y ganaron la mayoría de las batallas, “pero al final perdieron. Los liberales tenían un apoyo popular mucho mayor y más recursos a su disposición” (t. 2, pp. 124-125). El gran error de Villa obedece a su alianza y creciente dependencia respecto a Estados Unidos. La posibilidad de comprar armas en ese país le permitió alcanzar en pocos meses, lo que otros ejércitos revolucionarios del mundo sólo lograron en años: transformar a un ejército guerrillero en uno regular. Pero la alianza con Estados Unidos a la vez le impidió realizar la reforma agraria, pues necesitaba de los ingresos de las haciendas confiscadas para financiar la compra de armas y los estadounidenses respaldaban su papel moneda. Como las compañías estadounidenses creían que Villa iba a ser el vencedor empezaron a comprar grandes masas de billetes villistas. Así, vio en la creciente impresión de papel moneda la forma más fácil de resolver sus problemas in-

mediatos: pagar a sus soldados y partidarios civiles y mantener su lealtad. Pero una vez que fue sufriendo sus primeras derrotas en 1915, su moneda se depreció hasta casi no valer nada y muchos de sus seguidores empezaron a abandonarlo y desilusionarse de él. Katz, aventura la hipótesis de que si hubiera pagado a sus seguidores con tierras y no con billetes, “la calidad del apoyo habría sido muy distinta y la gente del campo en los antiguos territorios villistas tal vez hubiera peleado para conservar la tierra con la misma energía que lo hicieron los seguidores de Zapata en Morelos” (t. 2, pp. 125-126). De ese modo, cuando Estados Unidos le cerró sus puertas, apoyando a Carranza, sus posibilidades para mantener un ejército regular se vinieron abajo.

No obstante, en mi opinión, de haber aplicado la reforma agraria cabe dudar que Villa hubiera contado con un ejército que pudiera movilizar fuera de Chihuahua, problema que también enfrentaba Zapata. Tal vez la División del Norte hubiera sido un ejército dispuesto a defender su región natural, pero no el que marchaba victoriosamente sobre la ciudad de México.

Katz concluye argumentando que la figura de Villa no sólo fue importante entre 1914-1915, particularmente en la destrucción del antiguo régimen, sino también en la edificación del nuevo, entre 1915-1920: con su actividad guerrillera y la provocación deliberada para suscitar la intervención del ejército estadounidense en el país, ocasionó una distracción de tropas carrancistas hacia Chihuahua, lo cual permitió frenar el proyecto restauracionista de Carranza de apoyarse en los hacendados, devolviéndoles sus propiedades, y aplastando a la revolución campesina en Morelos, y a los caudillos rebeldes de otros estados. De tal suerte, que los sonorenses se vieron obligados, en 1920, a hacer un pacto flexible con las heterogéneas fuerzas regionales que se habían opuesto al gobierno de Carranza, incluyendo a Villa.

Así, esta obra de Katz viene a llenar varias lagunas en la historiografía de la revolución mexicana: la visión de los vencidos del norte —John Womack ya lo había hecho con los del sur—; los escenarios que hubieran significado un triunfo de éstos (reforma agraria desde abajo y mayores bases para la democracia, apoyada en un campesinado independiente y dueño de su tierra); asimismo, rescata la importancia de Villa en uno de los periodos más oscuros de su vida (la del guerrillero quijotesco de 1915-1920 y el de su retorno a la vida civil entre 1920-1923).

Aunque Katz no pretende haber dicho la última palabra sobre la figura de Villa y la revolución en Chihuahua, posiblemente

sea la etapa del villismo guerrillero la parte más débil de su obra. Katz sólo alude al hecho de que sus seguidores en ese periodo eran aquellos hombres que Villa reclutaba e integraba en lo que fue su cuerpo de élite en la División del Norte, los Dorados. Pero no demuestra con claridad quiénes eran, de dónde eran originarios, cuáles eran las bases de sus relaciones mutuas, por qué lo seguían en esta etapa tan difícil en la que el pueblo chihuahuense estaba cansado de la guerra y desilusionado de él. Asimismo, como reconoce Katz, hacen falta mayores estudios sobre las expresiones regionales del villismo fuera de Chihuahua.

Considero también que uno de los mayores méritos de la obra de Katz es haber mostrado la forma en que el clientelismo y las lealtades regionales y personales fueron uno de los ejes sobre los que estaban constituidos todos los ejércitos revolucionarios. De tal suerte que se convertiría en una formidable barrera para la centralización del Estado posrevolucionario.

Enrique GUERRA MANZO

Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco